



Col·lecció
INSTRUMENTA  39

LAS LEYENDAS DE FUNDACIÓN DE ROMA. DE ENEAS A RÓMULO

JORGE MARTÍNEZ-PINNA NIETO

Publicacions i Edicions



**LAS LEYENDAS DE FUNDACIÓN DE ROMA.
DE ENEAS A RÓMULO**

Col·lecció
INSTRUMENTA  39

Barcelona 2011

LAS LEYENDAS DE FUNDACIÓN DE ROMA. DE ENEAS A RÓMULO

Jorge Martínez-Pinna Nieto

Publicacions i Edicions



ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	9
1.- LAS TRADICIONES GRIEGAS	13
1.1.- Los primeros contactos	15
1.2.- El descubrimiento de Roma por los griegos	36
1.3.- La presencia de Roma en Oriente	52
2.- LAS TRADICIONES INDÍGENAS	65
2.1. La adaptación latina de la leyenda troyana	
2.2. La dinastía albana	86
2.3. La leyenda de Rómulo y Remo	99
APÉNDICE I.- LOS REYES MÍTICOS DEL LACIO	129
APÉNDICE II.- CACO O EL HÉROE FRUSTRADO	147
BIBLIOGRAFÍA	159
ÍNDICES ANALÍTICOS	173
Índice de fuentes	
Índice onomástico	184
Índice topográfico	186

*A DOMINIQUE BRIQUEL
en homenaje a su fecunda carrera*

INTRODUCCIÓN

El presente libro es en gran medida continuación de otro anterior que, bajo el título *La prehistoria mítica de Roma. Introducción a la etnogénesis latina (Gerión. Anejos VI, Madrid, 2002)*, estudiaba la construcción pseudohistórica sobre el proceso de formación del pueblo latino. Se trataba en definitiva de analizar las noticias relativas a aquellos pueblos (aborígenes, sículos, pelasgos, arcadios) que habían habitado en el Lacio antes de la llegada de Eneas, momento en el que culmina este desarrollo etnogénico con la aportación del elemento troyano y la definición del pueblo latino. Continuando esta línea, ahora resulta obligado considerar las tradiciones pertinentes a la prehistoria romana comprendidas entre Eneas y Rómulo.

Es evidente que la presencia de Eneas en el Lacio significa un señalado hito en la visión que los romanos se hacían sobre su más lejano pasado, y por ello no en vano Livio comienza su historia de Roma con la llegada del héroe troyano. Sin duda, Eneas representa la contribución griega más relevante a la interpretación de los orígenes romanos y latinos, más importante que Odiseo, quien a pesar de invocar una mayor antigüedad en el Lacio, la obligación de regresar a su patria le privó de gozar de un protagonismo indiscutido. Eneas capitalizó la mayor parte de las especulaciones griegas sobre la prehistoria latina, bien directamente, bien a través de otras figuras creadas a su sombra, como Rhome y Rhomo. La enorme cantidad de versiones griegas sobre la fundación de Roma que basculan sobre estos personajes da cumplida cuenta de su importancia.

La presencia de Eneas en el Lacio provoca la formulación de la leyenda troyana de Roma, con repercusiones de notable amplitud. No obstante, hace escasos años A. Erskine señalaba cómo los testimonios más completos de la leyenda datan de la época de Augusto, lo cual no es una coincidencia, pues fueron precisamente los Julios quienes, al promover su propia ascendencia troyana, introdujeron este elemento en la ideología oficial. Por ello, prosigue Erskine, es muy posible que este hecho distorsione

nuestra percepción sobre el papel de Eneas y Troya respecto a las épocas anteriores: en otras palabras, existe la tendencia a sobrestimar la importancia de la leyenda troyana en la autorrepresentación de la República¹. En efecto, tiene razón Erskine al resaltar el testimonio de los autores de finales de la República y comienzos del Imperio como determinantes en nuestra visión sobre Eneas y Roma, pero ya no tanto en las conclusiones que deduce. No sólo la leyenda troyana, sino también la historia de la Roma arcaica se ven sometidas a las mismas condiciones documentales, y si Augusto invocaba un origen familiar troyano, también se presentaba como un nuevo Rómulo. El simple hecho de que la leyenda fuese incluida en los anales desde los mismos comienzos de la literatura romana es prueba suficiente de su importancia. Como tendremos ocasión de comprobar, el mito troyano formaba parte del patrimonio histórico romano antes de que pudiera ser utilizado con fines políticos.

Eneas llegó a ocupar un lugar destacado en la conciencia nacional romana. Desde el mismo momento de su introducción en el Lacio, conforme a los principios de la “arqueología helenocéntrica” definidos por E. Bickerman², Eneas se convierte en el vínculo entre Roma y el mundo griego. Naturalmente no se puede afirmar que desde su comienzo la leyenda tuviese un significado político, pero sí se sentaron las bases para un posterior desarrollo en este sentido. Como veremos, fueron los griegos quienes acudieron a ella como vía adecuada en sus relaciones con Roma –lo que implica que ésta la aceptaba como propia–, pero luego, a partir del siglo II a.C., también los mismos romanos la utilizaron con asiduidad. La invocación a la figura de Eneas se hace, pues, frecuente, si bien con diferentes soluciones según los casos, en el proceso político, diplomático y militar que va marcando la conquista y asimilación de Grecia por parte de Roma. En definitiva, el único mito de *synghéneia* aceptado por los romanos fue el de su lejano origen troyano a través de Eneas. Y así, y desde una perspectiva no muy diferente, no puede sorprender que fuera asimismo utilizado por los itálicos, especialmente aquellos de las regiones más helenizadas, para aproximarse a Roma en un intento de integración ideológica previo a la integración política³. Por todo ello, y en palabras de M. Sordi, «el mito troiano fu... un grande mito di impero»⁴, pues a estas dos componentes, la griega y la itálica, se añade una tercera que rebasa los ámbitos espacial y temporal de Antigüedad clásica: la leyenda troyana se prolonga en la Edad Media con tradiciones que situaban en la Tróade el origen de diversos pueblos europeos, clara expresión de la voluntad de establecer un vínculo ideológico con el pasado romano⁵.

Ahora bien, salvo en la primera versión griega conocida sobre la leyenda troyana en el Lacio, atribuida a Helánico de Mitilene, Eneas nunca fue considerado fundador de Roma, idéntica suerte que corrió Odiseo. Esta función correspondió a otros personajes, con los cuales ambas figuras del ciclo troyano se situaban en estrecha relación parental. El motivo de tal desplazamiento es sobre todo de carácter eponímico, ya que se supone que el fundador debía también dar nombre a la ciudad. Pero también influye la cambiante percepción que los griegos se fueron haciendo sobre Roma, criterio éste que puede ser tomado como guía para un intento de clasificación de esa gran cantidad de versiones ideadas por los griegos acerca de la fundación de Roma.

¹ A. ERSKINE, *Troy between Greece and Rome*, Oxford, 2001, pp. 15 ss.

² E.J. BICKERMAN, *Origines gentium*, *CPh* 47, 1952, pp. 65-81.

³ Me permito remitir a J. MARTÍNEZ-PINNA, *Italia y Roma desde una perspectiva legendaria*, en *Patria diversis gentibus una?*, Pisa, 2008, pp. 9-26.

⁴ M. SORDI, *Il mito troiano e l'eredità etrusca di Roma*, Milano, 1989, p. 17.

⁵ Pueden verse G. HEEGER, *Über die Trojanersage der Franken und Normannen*, Landau, 1890; B. LUISELLI, *Il mito dell'origine troiana dei Galli, dei Franchi e degli Scandinavi*, *RomBarb* 3, 1978, pp. 89-121; J. POU CET, *L'origine troyenne des peuples d'Occident au Moyen Âge et à la Renaissance*, *LEC* 72, 2004, pp. 75-107; W. STROBL, *Ein bisher unbeachtetes Quellenzeugnis zur trojanischen Herkunft der Franken*, *RhM* 149, 2006, pp. 413-428 (con amplia bibliografía).

En la vulgata romana Eneas cumple un papel de no poca importancia, la formación del pueblo latino. Como fundador, los romanos eligieron por su parte a Rómulo, un héroe indígena que junto a su hermano gemelo Remo poseía una leyenda propia, que fue incorporada al relato de los orígenes de Roma adaptándola a este nuevo objetivo. En su estado primitivo, la leyenda de Rómulo y Remo reproduce las características del héroe latino, al margen del destino fundacional que posteriormente fue añadido. Como señala D. Briquel, «ce qu'on peut considérer comme la préhistoire de la légende de Romulus renvoie à un schéma traditionnel général, qui pouvait s'appliquer à des héros qui n'avaient pas fondé des cités»⁶.

Pero Rómulo no fue el primero en ocupar el Palatino, núcleo de la futura Roma. Con anterioridad ya se encontraba asentado en la colina un héroe local llamado Caco, a quien Rómulo expulsó cuando fue designado fundador. Como habrá ocasión de ver (Apéndice II), Caco representa el paradigma de la degradación del héroe, al igual que Latino –quien cierra la serie de los reyes anteriores a Eneas (Apéndice I)– encarna la decadencia. El primero fue desplazado por Rómulo, el segundo por Eneas, pero uno y otro fueron héroes. A pesar de las connotaciones negativas que en época avanzada envolvían por completo su personalidad, Caco reúne los principales elementos que caracterizan la figura del héroe latino, no alejándose mucho del propio Rómulo o de Caeculo, fundador legendario de Praeneste.

La construcción romana de sus propios orígenes basculaba entonces sobre estos dos hechos, la presencia de Eneas en el Lacio, dando lugar a la formación del pueblo latino, y la fundación de Roma por parte de Rómulo, cuya leyenda fue tomada del fondo mitográfico indígena. A ellos se añade un tercer elemento, la llamada dinastía albana, creada para cubrir el vacío cronológico surgido con el distanciamiento en el tiempo entre la destrucción de Troya y la fundación de Roma. El origen de esta dinastía albana supone un problema de muy difícil solución, dado el estado de los conocimientos. Ciertamente es que los analistas más antiguos, con Fabio Píctor a la cabeza, establecen un largo espacio de tiempo entre Eneas y Rómulo, de manera que la solución más cómoda es aceptar que los mencionados reyes albanos ya figuraban en los primeros anales. Pero el caso es que no hay la menor noticia sobre el particular, por lo que quizá sería mejor adoptar una postura más cautelosa y dejar abierta la cuestión.

Este ejemplo de la dinastía albana es uno de los muchos problemas que no tienen fácil respuesta. En las páginas que siguen se verán varios casos similares, de forma que no se espere encontrar aquí la panacea que resuelva todas las incertidumbres. El objetivo es más simple: proponer una interpretación sobre cómo se construyó la pseudohistoria de los orígenes romanos, siendo siempre consciente de las lagunas –y probablemente alguna contradicción– que un lector atento sin duda percibirá.

La redacción de este libro ha sido posible gracias a la ayuda proporcionada por el Ministerio de Ciencia e Innovación, que mediante el programa “Salvador de Madariaga” me permitió una estancia de varios meses en París. Gracias a la extraordinaria hospitalidad de Dominique Briquel, pude consultar los fondos de la École Normale Supérieure. Asimismo la Junta de Andalucía, a través del grupo de investigación HUM-696, me facilitó una estancia en la Università degli Studi di Palermo, donde fue posible mejorar el texto al amparo de la siempre amable acogida de Pietrina Anello. Mi agradecimiento a todos ellos.

⁶ D. BRIQUEL, La légende de Romulus: du premier roi au héros fondateur, en *Mites de fundació de ciutats al món antic*, Barcelona, 2001, p. 233.

1.- LAS TRADICIONES GRIEGAS

Las tradiciones creadas por la erudición griega acerca de la fundación de Roma fueron muy numerosas, incrementándose conforme la presencia de Roma en el plano internacional se iba haciendo más intensa. Se conocen indiciariamente numerosas versiones, asumiendo la posibilidad de que algunas de ellas no sean sino variantes de una misma tradición. Se trata siempre de noticias transmitidas en fragmentos, especialmente concentradas en sendos pasajes de Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Festo y el interpolador a Servio⁷. Sin embargo, las respectivas series que proporcionan estos autores están confeccionadas sin ningún criterio determinado, con una falta absoluta de cohesión interna; dibujan en definitiva un panorama muy confuso, que sólo da idea de la gran diversidad existente. Por otra parte, hay que tener presente que los elementos que configuran las diferentes versiones son en general muy escasos. En su mayor parte se trata de noticias de autor anónimo y si bien en algunas ocasiones se señalan ciertos aspectos circunstanciales, suelen limitar su contenido al nombre del fundador y a su inmediata ascendencia. Bajo tales condiciones, las posibilidades para intentar una sistematización del conjunto de estas tradiciones son prácticamente nulas.

A pesar de todo, no han faltado propuestas de organización de las noticias disponibles, al menos de una parte importante de las mismas, mediante la aplicación de diversos criterios. Una de las vías

⁷ DION., 1.72-73; PLUT., *Rom.*, 1-2; FEST., 326-329 L; SERV. AUCT., *Aen.*, 1.273 (también SYNC., 361 ss. D, quien sigue a Dionisio). Una relación prácticamente completa ha sido compilada por T.P. WISEMAN, *Remus. A Roman Myth*, Cambridge, 1995, pp. 190 ss., quien recoge sesenta y una versiones. Puede consultarse asimismo G.C. LEWIS, *An Inquiry into the Credibility of the Early Roman History*, London, 1855, vol. I, pp. 395 ss., quien cataloga veinticuatro versiones. Sobre las diferentes posibilidades de relación entre estas series, pueden verse A. JACOBSON, Das Verhältnis des Dionys von Halicarnass zu Varro in der Vorgeschichte Roms, *Jahresbericht Drei-König-Schule Dresden*, 1895, pp. 10 s.; D. MUSTI, Etruschi e Greci nella rappresentazione dionisiana delle origini di Roma, en *Gli Etruschi e Roma*, Roma, 1981, pp. 25 ss.

seguidas consiste en ordenar los fragmentos desde un punto de vista cronológico⁸. Los obstáculos a este modo de organización son sin embargo muy serios, y por razones evidentes. Muchos de los fragmentos son anónimos, y la posibilidad de situarlos en un momento determinado a través de su contenido en la mayoría de las ocasiones es mínima o incluso nula. Por otra parte, entre los autores mencionados en los fragmentos, muy pocos son realmente conocidos, otros son de cronología incierta y algunos no son para nosotros más que un nombre. Una segunda opción sería tomar como criterio de clasificación los elementos internos, fundamentalmente los protagonistas del relato⁹. Pero tampoco esta solución puede considerarse por completo válida. Los personajes que intervienen en las distintas versiones se repiten constantemente, mezclándose unos con otros y con genealogías muy diversas. Hay que tener en cuenta que cada vez que se introduce un nuevo personaje, al poco tiempo puede ser utilizado sin respetar sus características originarias, en función de intereses que normalmente se nos escapan.

La mayor parte de las versiones se relacionan con dos grandes héroes griegos encuadrados en el ciclo épico troyano, en concreto aquellos que tuvieron una presencia más intensa en el Occidente tirrénico, es decir Eneas y Odiseo. Muy relacionados con éstos, aparecen con frecuencia dos personajes ideados por los griegos con una función expresamente eponímica, uno femenino, Rhome, y otro masculino, Rhomo, quien interpreta asimismo el papel de fundador. Un tercer grupo está compuesto por figuras pertenecientes a las tradiciones indígenas, como Rómulo y Latino, pero que normalmente son encuadradas en genealogías helénicas. Por último, desfila toda una serie de personajes secundarios, cuya presencia obedece en cada caso a motivos muy concretos. Pero además, algunas de las versiones recordadas no se vinculan al ciclo troyano, sino que se integran en otros troncos de tradición, que aunque surgidos igualmente de ambientes griegos, responden a estímulos particulares, como el caso de Hércules.

En realidad es tal la confusión y diversidad, que de hecho resulta imposible racionalizar todas las versiones a partir de un esquema coherente. Aun así, en las páginas que siguen se intentará ofrecer una secuencia general en función de la percepción de Roma en el mundo griego, partiendo del hecho de que en la mentalidad de los antiguos, el carácter y naturaleza de un pueblo no es sino reflejo de su origen. Para ello es necesario utilizar, hasta donde sea posible, los criterios anteriores, esto es, el cronológico y el temático, así como el grado de influencia de la tradición indígena y los intereses de los diferentes círculos políticos y culturales griegos implicados en la elaboración de las leyendas, siempre y cuando existan suficientes elementos de juicio.

Es posible diferenciar al respecto tres fases. La primera de ellas abarca hasta la primera mitad del siglo IV a.C. Este período se caracteriza por oscuras referencias a un Occidente percibido en la lejanía, pero con una innovación de gran alcance: la relación de Eneas con Roma. Esta última no es sentida todavía como una realidad con personalidad propia, independiente, sino que es incluida en Etruria. Tal confusión no es producto de la casualidad. Los etruscos representan el único pueblo de la Italia indígena capaz de ser identificado por los griegos, cuyos conocimientos de la etnografía itálica son aún muy superficiales. Roma se presenta a sus ojos como una *pólis tyrrhenis*, no porque

⁸ Entre otros, A. ROSENBERG, *Romulus*, *RE* IA, 1914, cols. 1077 ss.; H. STRASBURGER, *Zur Sage von der Gründung Roms*, Heidelberg, 1968, pp. 11 ss.; W.A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato. Das erste Buch der Origines*, Meisenheim, 1971, pp. 65 ss.; T.P. WISEMAN, *Remus*, pp. 45 ss.

⁹ Así se puede ver, por ejemplo, en J.B. CARTER, *Romulus, Romus, Remus*, en *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, Leipzig, vol. IV, 1915, cols. 165 ss.; C.J. CLASSEN, *Zur Herkunft der Sage von Romulus und Remus*, *Historia* 12, 1963, pp. 448 ss.; R.G. BASTO, *The Roman Foundation Legend and the Fragments of the Greek Historians*, Ann Arbor, 1980, esp. pp. 77 ss.

la ciudad estuviese incorporada al ámbito etrusco, sino por la propia incapacidad de los griegos para diferenciar las distintas realidades existentes en la península.

La relación cambia en la segunda mitad del siglo IV, cuando Roma hace valer sus pretensiones en un plano internacional. La conquista de Italia y el triunfo sobre Cartago despierta el interés de los griegos hacia esa nueva potencia mediterránea. La preocupación afecta en primera instancia a los griegos de Occidente, más próximos a la situación que se va imponiendo y en consecuencia más interesados en conocerla. Las tradiciones que surgen entonces aceptan elementos anteriores, es decir la leyenda troyana introducida en la fase previa, pero a la vez crea otros nuevos que conviven con los anteriores y con conceptos tomados de la tradición latina, como los aborígenes y las figuras de Rómulo y Latino. Además el interés por Roma comienza ya a sentirse en la Grecia oriental, como lo demuestran Licofrón y Eratóstenes.

Por último, una tercera fase se inaugura con el siglo II, tras la derrota de Aníbal y el inicio del imperialismo romano en Oriente. La cuestión del origen, y por tanto de la nobleza, de los pueblos en conflicto se alza como una necesidad ineludible. La utilización política, en función de intereses cambiantes, adquiere entonces una excepcional relevancia, presentando especial importancia la leyenda troyana de Roma. Las versiones sobre la fundación de la ciudad se multiplican considerablemente, a lo que asimismo contribuye el desarrollo en Grecia de la literatura sobre las *ktiseis*, de gran auge en este siglo II.

1.1.- LOS PRIMEROS CONTACTOS

El punto de partida de las especulaciones griegas acerca de los orígenes latinos se localiza en aquellos versos de la *Teogonía* de Hesíodo, situados en la sección final del poema conocida como “Catálogo de los héroes”, que se refieren a la progenie de Odiseo y de Circe, que además de a Telégono –a no ser que el verso que contiene su nombre sea una interpolación– comprendía a Agrio y a Latino: «Circe, hija del Hiperiónida Helios, en abrazo con el intrépido Odiseo, concibió a Agrio y al intachable y poderoso Latino [también parió a Telégono por mediación de la dorada Afrodita]; éstos, muy lejos, al fondo de las islas sagradas, reinaban sobre los célebres tirrenos»¹⁰. Las dificultades que suscita este pasaje son principalmente dos y no encuentran fácil solución: por un lado, la autoría, pues se plantea la disyuntiva si tales versos son originales de Hesíodo o si por el contrario se trata de una interpolación de fecha posterior, y por otro la identificación de Agrio.

Las dudas sobre la atribución de este pasaje a Hesíodo han sido resaltadas en los últimos tiempos por M.L. West¹¹. Fundamentalmente se basa en que la mención de Latino, así como la de Medeo unos versos antes, en función de epónimo del pueblo latino –o de los medos, en el caso del segundo personaje– es impensable con anterioridad a mediados del siglo VI. Pero en realidad, tales argumentos no son determinantes, pues como ya ha sido señalado¹², los griegos ya tenían que conocer

¹⁰ HES., *Theog.*, 1011-1016: Κίρκη δ' Ἡελίου θυγάτηρ Ὑπεριονίδαο / γείνατ' Ὀδυσσεύος ταλασίφρονος ἐν φιλότῃ / Ἄγριον ἠδὲ Λατίνον ἀμύμονά τε κρατερὸν τε / [Τηλέγονον δὲ ἔτικτε διὰ χρυσοῦν Ἀφροδίτην] / οἳ δὲ τοὶ μάλα τῆλε μυχῶ νήσων ἱεράων / πᾶσιν Τυρσηνοῖσιν ἀγακλειτοῖσιν ἄνασσον. [La traducción procede de A. Pérez Jiménez, *Hesiodo. Obras y Fragmentos*, Madrid, 1978, p. 113].

¹¹ M.L. WEST, *Hesiod. Theogony*, Oxford, 1966, pp. 433 ss.; ÍDEM, *The Hesiodic Catalogue of Women*, Oxford, 1985, pp. 130 ss. Contrarios a la posición negacionista de este autor, que en última instancia abraza todo el “Catálogo de los héroes” se muestran G. ARRIGHETTI, *Esiodo. Teogonia*, Milano, 1984, pp. 158 ss.; P. DRÄGER, *Untersuchungen zu den Frauenkatalogen Hesiods*, Stuttgart, 1997, pp. 1 ss.; A. DEBIASI, *Esiodo e l'Occidente*, Roma, 2008, pp. 40 ss.

¹² Cf. C. AMPOLO, La ricezione dei miti greci nel Lazio: l'esempio di Elpenore ed Ulisse al Circeo, *PdP* 49, 1994, pp. 271 s.

la existencia de los medos desde finales del siglo VII, mientras que las navegaciones griegas por el Tirreno con alto nivel de frecuencia se elevan al siglo VIII. Sin embargo, esto no parece suficiente para admitir que los versos de Hesíodo denuncien una temprana aplicación de la genealogía de los *Nostoi* a pueblos no griegos, y que en definitiva vienen a reflejar la imagen transmitida en Grecia por los navegantes protocoloniales euboicos¹³. Quizá la clave del problema no se encuentre tanto en el grado de contacto entre los griegos y los indígenas de Italia, sin duda intenso a nivel comercial desde el siglo VIII, como sobre todo en si verdaderamente los griegos sentían en fechas tan tempranas la necesidad de incluir a otros pueblos en su universo pseudohistórico. Y por similares motivos, es difícil aceptar como válido el testimonio del bizantino Lido, quien parece sugerir que, según Hesíodo, Latino era hermano de un tal Graikos, con lo cual se establece un parentesco directo entre griegos y latinos¹⁴.

En realidad, lo único que se puede dar por cierto es que ya en la edad arcaica, entre finales del siglo VII y la primera mitad del siguiente, el Lacio entra en el universo legendario griego. Pero a la vez, justo es reconocer que no lo hace por méritos propios. Es muy significativa la mención expresa de los etruscos en los versos de la *Teogonía* como pueblo sobre el que reinaban Latino y Agrio. Ante todo, hay que resaltar que tal hecho no puede explicarse porque Roma, y el Lacio en su conjunto, estuviese desde finales del siglo VII en poder de los etruscos, ya que tal afirmación es por completo inexacta. En opinión de Malkin, Hesíodo no confunde a los etruscos con los latinos, sino que el poeta usa el término *Tyrsenoi* en general, ya que todos los pueblos itálicos están subsumidos bajo la denominación genérica de “tirrenos”¹⁵. Pero según creo, la atribución a héroes latinos de un poder sobre Etruria es producto de la indeterminación griega sobre la geografía y etnografía de la península Itálica, de la incapacidad para distinguir con claridad entre unos y otros, a los que indiscriminadamente aplica el mismo nombre, según señalaba con anterioridad. La cualificación de Roma como *pólis tyrrhenis* será una constante en la literatura griega hasta prácticamente la segunda mitad del siglo IV, ya que Etruria constituye de hecho el principal referente itálico para los griegos. No puede sorprender entonces que el poeta utilice tales términos geográficos.

Asimismo significativa me parece la alusión a las “islas sagradas” como lugar de residencia de Latino y Agrio. Ante todo, está claro que no se trata de islas sino del promontorio Circeo, al cual se le otorga un carácter sacro. Es sabido que los antiguos conferían naturaleza sagrada a los promontorios, especialmente cuando suponían un riesgo para la navegación. Pero además, el término sagrado en cierto sentido se aplicaba asimismo a lugares situados en el extremo del mundo. A modo de ejemplo, es posible recordar el promontorio Sacro de la península Ibérica¹⁶; otro con el mismo nombre marcaba el límite oriental de Europa, según Hipólito de Roma¹⁷; o la isla sacra que Diodoro, basándose en Evémero de Messene, sitúa en el Océano oriental, junto a los límites de Arabia¹⁸. Parece que esta indeterminación geográfica y toponímica, revestida de un carácter sacro, pretende denunciar una sensación de lejanía¹⁹, de modo que tales “islas sagradas” mencionadas en la *Teogonía* se encontraban en el confín del mundo, y así lo señala explícitamente el mismo poeta.

¹³ I. MALKIN, *The Returns of Odysseus*, Berkeley, 1998, pp. 178 ss.; L. ANTONELLI, *Traffici focei di età arcaica*, Roma, 2008, pp. 103 ss.; A. DEBIASI, *Esiodo e l'Occidente*, pp. 54 ss.

¹⁴ LYD., *Mens.*, I.13. Cf. A. CASANOVA, Un'aporia di Giovanni Lido (De mens. I 13), *Maia* 7, 1975, pp. 125-131; P. DRÄGER, Waren Graikos und Latinos Brüder?, *Gymnasium* 99, 1992, pp. 409-421; A. DEBIASI, *Esiodo e l'Occidente*, pp. 52 ss.

¹⁵ I. MALKIN, *The Returns of Odysseus*, p. 184.

¹⁶ AVIEN., *Ora mar.*, 322; PS.-SKYLL., *Per.*, 112.

¹⁷ HIPOL., *Chron.*, 240.

¹⁸ DIOD., 5.41-42. Véanse H. BRAUNERT, Die heilige Insel des Euhemeros in der Diodor-Überlieferung, *RhM* 108, 1965, pp. 255-268; S. BIANCHETTI, Il V libro della Biblioteca storica di Diodoro e l'isolario dei Greci, en *Epitemati ed epitematori: il crocevia di Diodoro Siculo* (Συγγράφη 7), Como, 2005, pp. 23 ss.

¹⁹ Cf. A. DEBIASI, *Esiodo e l'Occidente*, p. 48.

De la progenie de Odiseo, Latino es perfectamente conocido, y sobre él se tratará más adelante. Mayores dificultades de interpretación suscita la figura de Agrio. En virtud de su propio significado, el nombre de *Agrios* es aplicado en la mitología griega a algunos seres agrestes y violentos, como a uno de los gigantes y a uno de los centauros²⁰. También el hermano de Eneo, rey de Etolia, es llamado Agrio, y el enfrentamiento entre ambos que narra la leyenda parece reflejarse en sus respectivos nombres²¹. Pero ninguno de ellos tenía la menor relación con Italia. Por tanto, si el Latino de la *Teogonía* se identifica con el Latino de la tradición local, lo más probable es que el Agrio de la *Teogonía* sea la *interpretatio graeca* de otro personaje indígena, cuya naturaleza selvática estaría implícita en su propio nombre. Partiendo de este presupuesto, las opiniones se inclinan preferentemente hacia dos candidatas, Fauno y Silvio²². Según la tradición romana, este último era hijo de Eneas y de la princesa aborigen Lavinia, hija de Latino. Su nombre deriva de haber nacido en el bosque, pero en realidad no representa a un ser incivilizado, sino todo lo contrario, pues reinó en Alba y fundó la llamada dinastía albana, de la cual saldría Rómulo, quien en no escasa medida sirvió de modelo para su creación. Y en efecto, Silvio es una invención reciente, producto de la fusión de las leyendas troyana y latina en la prehistoria mítica de Roma, según veremos más adelante. Es por tanto imposible su existencia en época arcaica.

Mejores argumentos es capaz de aducir la identificación entre Agrio y Fauno. Éste es frecuentemente caracterizado en fuentes latinas con el término *agrestis*, representante de un universo preurbano y salvaje²³. Según Nonno de Panópolis, Fauno era hijo de Circe²⁴, y en la tradición indígena era el padre de Latino. Es por tanto posible que los griegos, inconscientemente, modificasen la relación parental originaria entre Fauno y Latino, convirtiéndolos en hermanos e hijos ambos de Odiseo. En cualquier caso, justo es admitir que la solución no resulta sencilla, y como dice A. Frascchetti, «per quanto riguarda Agrios, ogni tentativo di precisa “identificazione” è destinato a rimanere molto problematico»²⁵.

Así las cosas, recientemente I. Malkin ha desarrollado la idea según la cual Agrio no es sino la personificación de los “Wild Ones”, es decir el tipo de gentes que Odiseo podía encontrar en una tierra extraña²⁶. Detrás de Agrio se encuentran por tanto las “badlands” de los pueblos del interior, en oposición a Latino que representaría a los pobladores de la costa, aquéllos situados en el área de

²⁰ APOLLOD., 1.6.2; 2.5.4.

²¹ Cf. K. KERÉNYI, *Gli dei e gli eroi della Grecia* (trad. ital.), Milano, 1976, vol. II, pp. 70 s.

²² Por el primero (Fauno) se decantan F. ALTHEIM, *Römische Religionsgeschichte*, Baden-Baden, 1951, vol. I, pp. 144 ss.; E.D. PHILLIPS, *Odysseus in Italy*, *JHS* 73, 1953, p. 55; J. GAGÉ, Énée, Faunus et le culte de Silvain ‘pélasse’, *MEFR* 73, 1961, p. 107; M.L. WEST, *Hesiod. Theogony*, p. 433; U.W. SCHOLZ, *Studien zum altitalischen und altrömischen Marskult und Marsmythos*, Heidelberg, 1970, p. 113; G. DURY-MOYAERS, *Énée et Lavinium*, Bruxelles, 1981, p. 43; T.P. WISEMAN, *Remus*, pp. 47 s.; A. GRANDAZZI, Le roi Latinus: analyse d’une figure légendaire, *CRAI* 1988, pp. 483 s. Por el contrario, prefieren a Silvio, M. DURANTE, Ἄγριον ἢ δὲ Λατῖνον, *PdP* 6, 1951, p. 216; A. ALFÖLDI, *Die trojanischen Urahnen der Römer*, Basel, 1957, pp. 24 s.; ÍDEM, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, 1965, pp. 238 ss.; L. BRACCESI, *Grecità di frontiera*, Padova, 1994, pp. 6 s.; G. VANOTTI, Roma polis Hellenis, Roma polis Tyrrhenis, *MEFRA* 111, 1999, p. 221.

²³ Véase *infra*, Apéndice I.

²⁴ NONN., *Dion.*, 12.328 ss.

²⁵ A. FRASCCHETTI, *Romolo il fondatore*, Bari, 2002, p. 14 (posteriormente sin embargo este mismo autor parece inclinarse hacia una identificación con Silvio: A. FRASCCHETTI, Alcune osservazioni a proposito di un recente volume su ‘La leggenda di Roma’, *ArCl* 58, 2007, pp. 319 s.). En similar sentido de escepticismo, E.S. GRUEN, *Culture and National Identity in Republican Rome*, Ithaca, 1992, p. 10; A. MASTROCINQUE, *Romolo*, Este, 1993, p. 180.

²⁶ I. MALKIN, *The Returns of Odysseus*, pp. 185 s. En términos parecidos se expresaban previamente U. VON WILLAMOWITZ-MÖLLENDORF, *Lesefrüchte*, *Hermes* 34, 1899, p. 604; L. MALTEN, Aineias, *ARw* 29, 1931/1932, p. 50; E. WIKÉN, *Die Kunde der Hellenen von dem Lande und den Völkern des Apenninhalbinsel bis 300 v. Chr.*, Lund, 1937, pp. 76 s.; G. PUGLIESE CARRATELLI, Dalle Odisseiai alle apoikiai, *PdP* 26, 1971, p. 413; G. MADDOLI, Contatti antichi del mondo latino col mondo greco, en *Alle origini del latino*, Pisa, 1982, pp. 54 s., y más reciente H.J. HILLEN, *Von Aeneas zu Romulus*, Düsseldorf, 2003, p. 15.

contacto directo con los griegos. Pero una interpretación de este tipo tampoco resulta satisfactoria, pues no se entiende bien que los griegos incluyesen en su esquema a pueblos con los que no mantenían relación alguna, tan indeterminados que ni siquiera pueden ser identificados con un nombre propio.

Sea como fuere, el hecho cierto es que ya en época arcaica Odiseo se convierte en lejano progenitor del pueblo latino a través de su héroe epónimo, lo cual le abre las puertas a una presencia futura en las leyendas fundacionales latinas, sobre todo en la condición de inmediato ascendiente del fundador y menos en un papel de destacado protagonismo. Esta última función le corresponde, entre los héroes de procedencia griega, a Eneas.

¿Cuándo y cómo se introdujo en el Lacio la leyenda troyana de Eneas? Para dar respuesta a esta doble pregunta se han planteado diversas propuestas. Así, unos situaban en Sicilia el punto de partida de la presencia de Eneas en el Lacio, otros en Campania, e incluso en la propia Roma²⁷. Las dos primeras localizaciones deben mucho a la idea, muy querida en la historiografía del siglo XIX, de que los viajes de Eneas están marcados por los santuarios de Afrodita, de manera que su llegada final al Lacio aparece de hecho unida a la importancia de los *Aphrodisia* locales²⁸. Sin embargo, dos son las líneas de interpretación que en los últimos años han adquirido mayor fuerza y que localizan el foco en Etruria y Lavinium, respectivamente. La primera de ellas se basa sobre todo en el material arqueológico, ya que en efecto, el motivo de la fuga de Eneas aparece en un elevado número de vasos griegos encontrados en Etruria, lo que en principio parece señalar que la leyenda gozó entre los etruscos de una cierta fama²⁹. Nada similar se observa en ámbito latino, de donde podría deducirse que el conocimiento de Eneas pasó de Etruria a Roma, y en consecuencia también al Lacio³⁰. Además de la iconografía, los defensores de esta opinión invocan a su favor otros argumentos, como algunas tradiciones que vinculan a Eneas, con Etruria y a continuación con Roma, o el supuesto origen etrusco del *lusus Troiae*, cuya primera manifestación se encontraría representada en la famosa oinochoe de Tragliatella, donde el término TRVIA que aparece dentro del laberinto estaría directa o indirectamente relacionado con Troya.

²⁷ La interpretación romana fue desarrollada por J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, Paris, 1942, pp. 412 ss., según el cual la leyenda troyana de Roma es una invención relativamente tardía, que tiene su punto de partida en Pirro, quien decidió combatir a los romanos como un nuevo Aquiles que vence a una colonia troyana: así figura en un pasaje de Pausanias (1.12.1), en el que la idea de una Roma troyana se impone a Pirro como una revelación repentina; el texto de Pausanias constituye, en palabras de Perret, “le véritable acte de naissance de la légende troyenne de Rome” (p. 413). Pero la interpretación de Perret no soportó las primeras críticas: cf. P. BOYANCÉ, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, *REA* 45, 1943, pp. 275-290, y más recientemente A. ERSKINE, *Troy between Greece and Rome*, pp. 157 ss.

²⁸ Así, F. BAMBERGER, Über die Entstehung des Mythos von Aeneas Ankunft in Latium, *RhM* 6, 1838, pp. 82-105; A. SCHWEGLER, *Römische Geschichte*, Tübingen, vol. I, 1853, pp. 300 ss.; H. NISSEN, Zur Kritik des Aeneassage, *NJb* 91, 1865, pp. 384 s.; J. RUBINO, *Beiträge zur Vorgeschichte Italiens*, Leipzig, 1868, pp. 82 ss.; J.-A. HILD, La légende d'Énée avant Virgile, *RHR* 6, 1882, pp. 75 ss.; L. PRELLER, *Römische Mythologie*³, Berlin, vol. II, 1883, pp. 311 ss.; de fechas más recientes, pueden verse W.H. FITZGERALD, The Wandering Aeneas, *CB* 28, 1951, p. 16; J. GAGÉ, Énée, Faunus et le culte de Silvain ‘pélasse’, pp. 70 s.; F. ZEVI, Il mito di Enea nella documentazione archeologica, en *L'epos greco in Occidente*, Taranto, 1989, pp. 260 ss. En contra B. NIESE, Die Sagen von der Gründung Roms, *HZ* 59, 1888, pp. 59 ss.; G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*², vol. I, Firenze, 1980, p. 204; H. BOAS, *Aeneas' Arrival in Latium*, Amsterdam, 1938, pp. 17 s.

²⁹ K. SCHAUENBURG, Äneas und Rom, *Gymnasium* 67, 1960, pp. 176-191; W. FUCHS, Die Bildgeschichte der Flucht der Aeneas, *ANRW* I.4, 1973, pp. 615 ss.; M. PAPADAKIS, *Ilias- und Iliupersisdarstellungen auf frühen rotfigurigen Vasen*, Frankfurt, 1994, pp. 160 s.; S. WOODFORD - M. LOUDON, Two Trojan Themes, *AJA* 84, 1980, pp. 30 ss.

³⁰ Así, entre otros, F. BÖMER, *Rom und Troia*, Baden-Baden, 1951, pp. 11 ss.; A. ALFÖLDI, *Die trojanischen Urhahnen der Römer*, pp. 14 ss.; ÍDEM, *Early Rome and the Latins*, pp. 278 ss.; K. GALINSKY, *Aeneas, Sicily, and Rome*, Princeton, 1969, pp. 122 ss.; W.A. SCHRÖDER, *M. Porcius Cato*, p. 61; T.J. CORNELL, Aeneas and the Twins, *PCPhS* 201, 1975, p. 5. Con una perspectiva diferente, V.I. GEORGIEV, Troer und Etrusker. Der historische Kern der Aeneas-Sage, *Philologus* 116, 1972, pp. 93-97, quien explica la leyenda de Eneas en Italia en función de la tesis sobre el origen oriental de los etruscos.

En honor a la verdad, hay que reconocer sin embargo que tales argumentos tienen una base muy endeble, por no decir nula. Esta supuesta popularidad de Eneas entre los etruscos conduce a no pocos excesos. Así, partiendo del hecho de que la Roma del siglo VI se encontraba bajo dominio etrusco, nada más sencillo que situar en este contexto la introducción de Eneas. Pero Roma nunca fue una ciudad etrusca, ni tampoco estuvo sometida a los etruscos, aunque en ella reinase una dinastía, los Tarquinios, de indudable procedencia etrusca. En segundo lugar, en el programa figurativo de la oinochoe de Tragliatella no existe la menor referencia a Troya. La palabra TRVIA no es sino la denominación de una danza armada de carácter laberíntico, algo nada inusual en la Italia antigua, y que debe relacionarse con los términos latinos *truare* y *redemptruare* que se aplicaban a la danza de los salios en Roma³¹. No se puede negar que la iconografía de Eneas tiene una cierta presencia en Etruria, lo que habla a favor del conocimiento de su leyenda en ámbito etrusco. No obstante, este dato hay que manejarlo con sumo cuidado, a fin de no extraer de él conclusiones cuanto menos aventuradas. El arco cronológico en el que se sitúan los vasos griegos encontrados en Etruria con representación de Eneas es muy corto, aproximadamente entre los años 525 y 490 a.C., lo cual parece indicar que tal inclinación hacia el héroe troyano es simplemente una moda temporal³². Además, no deja de ser muy significativo el hecho de que el motivo de la fuga de Eneas apenas fuese recogido por los artesanos etruscos³³, prueba sin duda de que el héroe troyano no llegó a alcanzar en Etruria una fama duradera. En conclusión, tan escasos elementos no parecen suficientes para pensar que Eneas fuese reconocido como fundador por algunas ciudades de la Etruria meridional, como sostenía A. Alföldi³⁴. El conocimiento a través de la iconografía griega del mito de Eneas fugitivo de Troya no significa que éste fuese asumido como propio por los etruscos, y menos aún que hubiese sido a continuación trasladado al Lacio³⁵. En definitiva, la “vía etrusca” no conduce a ninguna parte.

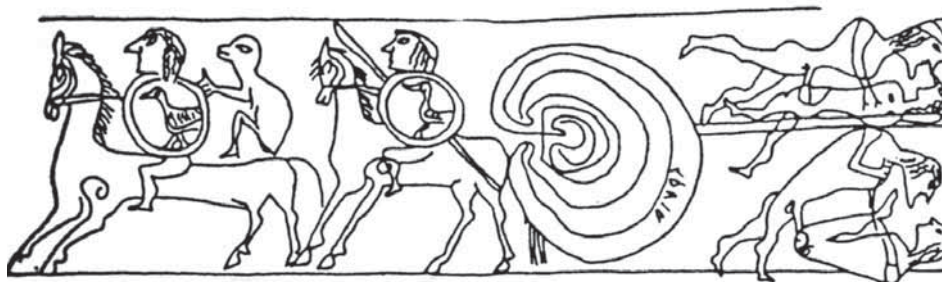


Fig. 1.- Oinochoe de Tragliatella. Sección del laberinto

³¹ Permítaseme remitir a J. MARTÍNEZ-PINNA, L'oenoché de Tragliatella: considerations sur la société étrusque archaïque, *SE* 60, 1994, pp. 79-92, con referencias.

³² Así A. DUBOURDIEU, *Les origines et le développement du culte des Pénates à Rome*, Roma, 1984, p. 197: “une sorte de mode”.

³³ La lista se limita de hecho a un ánfora de figuras rojas de fabricación vulcente y fechada hacia el 470 a.C. (D. BEAZLEY, *Etruscan Vase-Painting*, Oxford, 1947, p. 195), dos escarabeos de ca. 490 a.C. (P. ZAZOFF, *Etruskische Skarabäen*, Mainz, 1968, pp. 41 ss.) y seis estatuillas en terracota de Veyes y de cronología muy incierta (últimamente en *Gli Etruschi*, Venezia, 2001, p. 630). En general, F. CANCELANI, Aineias, en *LIMC*, vol. I, 1981, p. 388. Recientemente G. COLONNA, Il mito di Enea tra Veio e Roma, en *Gli Etruschi e Roma. Fasi monarchica e alto-repubblicana* (AnnFaina XVI), Roma, 2009, pp. 51-92, ha incorporado al conjunto un fragmento estatuario de comienzos del siglo V.

³⁴ A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, p. 284. En similar sentido, TH. MAVROGIANNIS, *Aeneas und Euander*, Perugia, 2003, pp. 43 ss.

³⁵ Pueden verse a este respecto las críticas de T.J. CORNELL, Aeneas' arrival in Italy, *LCM* 2, 1977, pp. 77 s.; F. CASTAGNOLI, La leggenda di Enea nel Lazio, *SR* 30, 1982, pp. 3 ss.; N. HORSFALL, The Aeneas-Legend from Homer to Vergil, en *Roman Myth and Mythography*, London, 1987, pp. 18 s.; G. DURY-MOYAERS, *Énée et Lavinium*, pp. 156 ss.; J. POUCKET, La diffusion de la légende d'Énée en Italie centrale et ses rapports avec celle de Romulus, *LEC* 57, 1989, pp. 239 ss.; E.S. GRUEN, *Culture and National Identity in Republican Rome*, pp. 21 ss.